



LA VIDA DE SAN LUIS BERTRÁN EN EL NUEVO REINO DE GRANADA¹

Fr. Carlos Mario Alzate Montes, O.P.²
Andrés Mauricio Escobar Herrera³

Cómo citar este artículo: *Alzate-Montes, C.M. y Escobar-Herrera, A.M.(2024-1). La vida de San Luis Bertrán en el nuevo reino de Granada. *quaest.disput*, 17 (34), 77-118*

This work is licensed under a Creative Commons Attribution- NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International License.



¹ Artículo de reflexión. Recibido 12/02/2024 – Aprobado 02 de Mayo de 2024

² Licenciado en filosofía y letras de la Universidad Santo Tomás, teólogo de la universidad Javeriana, doctor en Historia Eclesiástica en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y doctor en Administración de Empresas de la Pontificia Universidad Católica Argentina Santa María de los Buenos Aires.

³ Historiador, docente e investigador, estudiante del máster universitario en Memoria y Crítica de la Educación

Resumen

Abordando algunos episodios del paso por el Nuevo Reino de Granada del fraile dominico Luis Bertrán, hoy santo de la Iglesia católica y Patrono de la Provincia Dominicana de Colombia, este escrito muestra algunos rasgos del proceso de evangelización en la Costa Caribe a mediados del siglo XVI.

Palabras clave: Nuevo Reino de Granada, Evangelización, Predicación, Religiosidad, Orden de Predicadores, Luis Bertrán.

Introducción

En 1569, tras siete años de permanencia en el territorio neogranadino, el futuro santo dominico Luis Bertrán regresó a España, donde viviría otros doce años predicando hasta su muerte ocurrida el 9 de octubre de 1581⁵. Como descubrieron sus múltiples biógrafos el pasaje de las Indias en la vida de este fraile no fue secundario. Por el contrario, en América dejó un valioso testimonio de su apostolado en un momento en el que la labor de evangelizar a los naturales se enfrentaba a la ambición de conquistadores y encomenderos.

Como reza la bula de canonización sobre su paso por nuestro territorio, “según las promesas del Santo Evangelio que predicaba”, particularmente las gracias que comunicó Jesús a sus discípulos antes de su ascensión a los cielos, el padre Luis no sólo:

... echó a los demonios de todas aquellas regiones en el Nombre de Nuestro Señor Jesucristo, quitó las serpientes infernales que visiblemente amenazaban a sus habitadores, y habló entre las gentes en lenguas nuevas; sino que también en

⁵ San Luis Bertrán nació el 14 de enero de 1526. En 1544 tomó el hábito dominico y el 27 de agosto del año siguiente hizo su profesión solemne. Tras su regreso de América fue Prior conventual, de cuya labor se recuerda el “...mucho rigor para sí y para sus subordinados, tanto con los novicios, como con los profesos y sacerdotes” (Zamora, 1980, p. 63). Fue beatificado por Paulo V el 19 de julio de 1608 y canonizado por Clemente X el 12 de abril de 1671.

testimonio de la fe, bebiendo muchas veces lo mortífero, venció sin daño este peligro de la vida (citada en Vidal y Micó, 1743, p. 437)⁶.

El interés de Luis Bertrán por la predicación en América surgió cuando un indio vestido con hábito de fraile dominico se presentó al convento de Valencia. Este individuo, de quien luego se descubrió que portaba documentos falsos, falta de la que salió indemne de castigo por la protección del propio san Luis, narró vivamente los avatares de los misioneros en Indias, donde por la falta de “ministros evangélicos” muchos “vivían y morían sin conocimiento del verdadero Dios” (Ribadeneira, 1743, p. 141). El fingido fraile relató también que especialmente en el Nuevo Reino “...había innumerables gentiles y algunas naciones caribes que se comían vivos a los predicadores” (Antist, 1884, p. 73).

La encendida perspectiva del martirio que se arraigó en el corazón del futuro santo con las noticias de América se dio en un momento en el cual la Orden de Predicadores estaba planificando reorganizar y aumentar sus religiosos en el territorio neogranadino, emancipándolos de la obediencia de la Provincia del Perú, y facultándolos para elegir sus vicarios generales. Insistentemente, el padre Luis solicitó a su superior que lo asignara entre los miembros de la Misión, ejemplo que siguieron los padres Luis Vero, Tomás del Rosario y el Presentado Fr. Jerónimo Barros, entre otros que también cosecharon varios logros apostólicos (Zamora, 1980, p. 79).

El empeño del padre Luis en venir a las Indias a predicar el Evangelio se dio a pesar de que tanto sus parientes como los predicadores del Convento de Valencia, hicieron todo lo posible por disuadirlo privándolo del viático y “...representándole sus enfermedades, su débil compleción y los peligros de tan largo viaje” (Saborit, 1651, p. 54).

Como prolegómeno de los prodigios que tendrían lugar más adelante, los cronistas apuntan que los tripulantes y viajeros que le acompañaban en la travesía hacia Cartagena de Indias coincidieron en señalar el deleite que les causaba “...el trato, modestia, oración y predicación continua” (Zamora, 1980, p. 80) del padre Luis. Solamente un incidente opacó la tranquilidad del viaje, cuando uno de los religiosos que formaba la comitiva de dominicos

⁶ El pasaje bíblico reza: “En mi nombre echarán fuera demonios, hablarán nuevas lenguas, tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera no les hará daño, sobre los enfermos pondrán sus manos y sanarán” (S. Marcos 16: 17-18).

fue mortalmente lesionado en la cabeza por una garrucha o polea, dando la oportunidad al santo de mostrar su potestad, pues en lo que los cirujanos fracasaron con sus remedios y suturas, con sólo juntar su cabeza con la del moribundo -dicen los relatos- quedó reanimado y cerrada la herida.

Los rasgos de un apostolado

Aunque las crónicas y los procesos judiciales sobre la vida del santo no son muy precisas sobre los tiempos que permaneció en cada uno de los lugares en los que predicó, se sabe que incluso llegó a ser superior del Convento San José de Cartagena, cabeza o principal entre los demás de la Costa, dejando grata memoria de sus sermones, de los cuales fue quizá el más comentado uno que predicó el Viernes santo de la cuaresma de 1565:

... Por el efecto con que representó aquellos misterios dolorosos y por la contrición y lágrimas que causó en todos los oyentes. Sus discursos no eran de hombre terreno, sino de un espíritu angélico, y sus palabras eran tan dulces que les robaba a todos los corazones (Ariza, 1981, p. 16).

Fruto de su asistencia al púlpito y al confesionario, se dice que con sus “consejos, diligencias y reprensiones reprimió las usuras, moderó la codicia y puso en estado de matrimonio a algunos que lo tenían muy envejecido en sus culpas” (Zamora, 1980, p. 96). De todas maneras, en Cartagena sufrió también persecuciones, pues “...por verle en tanta estimación, algunos movidos de envidia le atropellaban con palabras injuriosas llamándole hipócrita fingido, idiota, ignorante, que se nos quiere vender por santo” (Vidal y Micó, 1743, p. 122).

De Cartagena fue enviado el padre Luis a doctrinar a lugares que ya no existen o cuyos nombres han cambiado. Sabemos que estuvo en municipios actuales del Departamento de Bolívar como Mompox, Turbaco y Mahates; en Atlántico en Túbará, Usiacurí, Malambo y Piojó; también en Tenerife (Magdalena) y en Nombre de Dios (Provincia de Colón, Panamá). Predicó en los desaparecidos Zipacóa (actualmente es corregimiento del municipio de Villanueva, Norte de Bolívar), Paluato (actualmente es corregimiento del municipio de Galapa, Atlántico), Barahona (hoy vinculada a Cartagena) y en los pueblos de Sepencoa y Petua en la Sierra Nevada de Santa Marta. Se recuerdan prodigios obrados en un pueblo

llamado Granada, cuya ubicación o equivalencia actual se desconoce, y en las islas Santo Tomás y Cabo de San Vicente, probablemente islotes cercanos a Riohacha o playones rodeados por ramales del río grande de La Magdalena.

Sea como fuere, varios hechos de su estancia en Indias son dignos de mención. El primero, de gran importancia por el fruto que trajo a la evangelización de los naturales, fue que san Luis, a diferencia de otros predicadores, casi llegar no necesitó “faraute” o intérprete para comunicarse con sus adoctrinados. Según las crónicas, advirtiendo que quizá por malicia o por ignorancia el lenguaz del que habitualmente se servía tergiversaba y cambiaba lo que decía, pidió el santo el don de que sus oyentes le entendieran en lengua española, lo cual verificó al punto, cuando los mismos indios manifestaron comprender perfectamente todo lo que les decía (Saborit, 1651, p. 58).

Asimismo, al poco tiempo de su arribo a nuestro territorio en varios pueblos de la Provincia de Cartagena prendió un “mal de catarro” del que se dice “morían muchos y era tan contagioso que parecía peste”, a cuyo remedio se empecinó el padre Luis de ir “de casa en casa, bendiciendo a los enfermos, y ninguno murió de los que bendijo” (Vidal y Micó, 1743, p. 148).

Tenía el don de cambiar el clima según las necesidades del momento. En Zipacóa, por ejemplo, cuando una prolongada sequía hacía prever carestías entre los comarcanos, ofreció la Eucaristía y procesión el día de la fiesta de Santa Catalina mártir, a la cual concurrieron mil personas entre cristianos e infieles. Acabada la ceremonia, cuyo sermón versó desde luego sobre la vida de la santa, el padre Luis alentó a sus feligreses diciéndoles que serían bendecidos con agua, lo cual se cumplió apenas un par de horas después, cuando un copioso aguacero bañó la región por más de tres días seguidos, asegurando abundante fruto a los cosecheros. En contraste, cierta vez en que fue cercado por un temporal estando en descampado, clamó a la Virgen del Rosario para que lo preservara por no tener más ropas con qué abrigarse, de lo cual fue favorecido sin que cayera una gota donde se encontraba, a pesar de las torrenciales lluvias en los contornos.

De su vida apostólica se dice que no quiso jamás tener consigo:

...vitualla alguna ni menos aceptar lo que tenían obligación de dar a los ministros de la doctrina y a los curas de almas (...) comía con su acostumbrada parsimonia, y hacía penitencias y el disciplinarse era con cadenas de hierro. Habitaba en un pequeño retrete, que era más choza que aposento, y dormía sobre unos palos puestos a la larga en forma de unas parrillas, sin colchón, sábanas ni almohada (Saborit, 1651, p. 65).

Más aún, sus ayudantes y acompañantes testificaron que el padre Luis rehusó recibir mula o cualquier otra caballería, que andaba a pie y totalmente descalzo por ásperos caminos y campos espinosos, y que frecuentemente era pasto de “mosquitos, jejenes, garrapatas y arañas venenosas”, plagas de cuyas incomodidades y peligros nunca quiso precaverse, sino que antes bien las aceptaba como martirio, “como una prueba enviada por Dios para experimentar su firmeza” (Acosta).

Rehusó siempre recibir la limosna que le daban de la Misa, la cual celebraba a intención de quien se la encomendaba, pero hacía que la congrua o propina ‘se repartiese entre los pobres necesitados’. De la misma manera no quiso aceptar cosa alguna por administrar ‘el bautismo, ni por las bendiciones nupciales, ni por las funerarias, ni por las Misas de difuntos, ni gallinas ni huevos ni otros derechos parroquiales, por lo cual viéndolo aquella gente tan desinteresado, lo llamaban comúnmente el fraile de Dios’ (Saborit, 1651, p. 70-71).

El calor, el hambre y la sed las vivía con pertinaz resignación, a despecho de sus monaguillos y sacristanes, quienes, andando de su mano por los montes y ciénagas de la costa, no estaban tan igual de dispuestos a someterse a los rigores y privaciones de la santidad. Estando en compañía de un mozo de nombre Jerónimo, y quizá ya importunado el padre Luis de tanto oírlo lamentarse de la pobreza de sus alforjas, lo introdujo “a lo más oculto de la montaña, donde encontraron un árbol lleno de muy hermosas manzanas (fruta, que, por el demasiado calor, no producen aquellas tierras) y junto a él brotaba una fuente de agua cristalina, tan dulce y fresca para el gusto” (Zamora, 1980, p. 87).

Al santo más bien lo agobiaban problemas de índole espiritual, pues siendo amigo de confesarse al menos dos veces por día, le era desde luego imposible dadas las grandes distancias entre uno y otros de los predicadores y misioneros. Y aunque trató de paliar la situación acordando encuentros periódicos a medio camino con sus vecinos más próximos para confesarse mutuamente, siempre se lamentó de no poder frecuentar con libertad “el santo sacramento de la penitencia” (Roca, 1608, p. 71). Se dice incluso que, contrariado por las continuas interrupciones del prior del convento de Cartagena durante la confesión de un feligrés, sentenció que por tan grave profanación del misterio, nunca terminaría ningún prior

su periodo en dicho claustro, siendo en efecto una de las conventualidades más inestables y controversiales del Nuevo Reino.

De su asidua práctica de la flagelación y el martirio del cuerpo dieron fe no sólo sus jóvenes ayudantes, quienes cada tanto, sobre todo los días de “ayuno de carne”, lo veían internarse en lo profundo de la manigua, de donde regresaba más flaco y descolorido de lo habitual, sino sus compañeros del convento de Valencia, pues cuando partió para América allanaron su celda y encontraron “...un arca llena de instrumentos de penitencia, disciplinas, ásperas cadenas, silicios, rallos de hojas de Milán para apretarse el cuerpo y otras cosas como estas” (Zamora, 1980, p. 92).

Oficiando en Barahona fue informado de los crueles tratos que los gobernadores de aquel paraje daban a los indios, vaticinando como alivio a tantos tormentos la muerte de unos de aquellos ‘tiranos’, lo cual se cumplió con el deceso de uno de estos mayordomos (Zamora, 1980, p. 101).

En Tubará “...con la ejemplar y santa vida que hacía el venerable padre Luis adquirió entre aquella gente opinión y fama de grande santo; y así fue Dios servido de dar tal eficacia a sus palabras, que en espacio de tres años convirtió y bautizó de su propia mano más de 1.500 indios, los cuales por su predicación apostólica quemaron públicamente siete bohíos de ídolos” (Saborit, 1651, p. 66). Algunos de estos indios incluso testificaron que una vez entraron al pequeño rancho que san Luis tomó por vivienda y lo encontraron “puesto en éxtasis levantado sobre la tierra”.

También en Tubará el santo anticipó que la carabela en la que venía un paisano y amigo suyo camino a las Indias, habría de zozobrar cerca a Cartagena. Cierta día salió provisto de ropas y alimentos a un apartado bajío en donde halló en efecto al coterráneo, casi muerto después de nadar dos noches y un día desde el lugar del siniestro.

Enviado luego a Zipacúa y Paluato, rehusó recibirle al protector y administrador de los indios del lugar, el capitán Francisco Sánchez, indias e indios mozos para que le sirviesen tal como era costumbre hacer con los padres que llegaban a adoctrinar, diciendo “...que él era un pobre frailecillo que no había de tener familia ni criados como los seculares” (Roca, 1608, p. 102). Solamente aceptó a dos niñitos indios para que tocaran las campanas y lo acompañaran a tomar las confesiones.

Adoctrinando en Petua y Sepencoa en la Sierra Nevada, convirtió y bautizó más de 15.000 indios. En aquellos parajes encontró el padre Luis muy arraigado el culto a los huesos de un antiguo sacerdote o “mamo”, en cuya memoria celebraban grandes bailes. A pesar de las admoniciones del santo, no pudo desterrar dicho rito entre los indios del lugar, quienes siempre se excusaron alegando que tenían vaticinado que si les llegaran a faltar los huesos caería el firmamento sobre ellos. Para persuadirlos de lo contrario hurtó San Luis secretamente el arca con tal reliquia, hecho que levantó la ira de los nativos que quisieron quitarle la vida. Sólo la defensa de los indios cristianos, a los que el mismo padre había introducido a la fe católica, pudo salvarlo de una muerte segura. Con todo, los indios gentiles urdieron un plan para envenenarlo, del cual salió airoso luego de perder el pelo y las uñas y de varios días de grandes dolores, cuando según los relatos vomitó una serpiente. Enterados los indios de su milagrosa supervivencia, trataron todavía de quitarle la vida yendo por él con flechas. Y aunque varias personas quisieron defenderlo con arcabuces y otras armas, se interpuso el religioso todavía convaleciente para enfrentar él mismo a los atacantes, haciéndoles ver que aunque llevaban varios días privados de los tales huesos, aún no se cumplían los desastres augurados, razonamiento ante el cual muchos de estos indios terminaron postrándose a sus pies y aceptando la religión de Jesucristo.

Del paso del santo por Mompox, al hacerse las primeras informaciones jurídicas tras su muerte, el encomendero Rodrigo Durán de Montalvo declaró que por medio de su predicación los indios se convertían de a cientos y que incluso ellos mismos queriéndolo probar “...le echaron una india a deshora, que era muy ladina, y le podía persuadir alguna ofensa de Dios y entrando a su aposento, después de haber llamado a la puerta, le dijo la india, que le perdonase, que la traía allí la afición que le tenía. Si guardar más razones el santo, con la correa que iba ceñido echó a la india a golpes de su aposento. Entonces le dijo la india la perdonase, que no tenía ella la culpa sino los indios, que viendo su vida milagrosa le habían querido probar por aquel camino” (Roca, 1608, p. 121). Paradójicamente, por este hecho se hicieron los indios del lugar tan devotos al padre Luis, que cuando más adelante lo trasladaron a la villa de Tenerife, estos urdieron esconder las mulas para tratar de entorpecer su salida. También en Mompox atestiguó el capitán Bernardo de Betancourt haber visto un

día al futuro santo en “éxtasis” o levitando, acompañado de santo Tomás de Aquino y san Ambrosio.

En la villa de Tenerife, a donde fungió como cura párroco, como en los demás sitios en los que adoctrinó fue célebre su santidad. A su partida del lugar el gobernador Luis Vázquez de Guevara arrancó varias hojas del libro de bautismos en lo que estaba asentada la rúbrica del santo para guardarlas como reliquia, acción por la cual fue severamente reprendido y sólo accedió a devolverlas con anuncio de excomunión de por medio.

En Turbaco bautizó y educó a un muchacho a quien puso su nombre. Aquel le servía en su doctrina y le ayudaba en la misa, “más como el demonio [recibía] notable pena de ello”, estando un día los indios “pidiendo a su ídolo que les diese maíz, que es el trigo de ellos, respondió el ídolo que no lo daría ni les respondería ninguna otra vez si no le sacrificaban a Luisillo” (Saborit, 1651, p. 83), lo que cumplieron durante uno de los viajes del padre.

Con gran interés por la predicación, siempre que partía de algún lugar tenía por costumbre dejar de su puño escritos “...los artículos de la Santa Fe, los diez mandamientos y las otras oraciones más necesarias para que con esto tuviesen memoria de la Fe Católica y doctrina Cristiana que les había enseñado y la pudiesen enseñar a otros” (Saborit, 1651, p. 84).

Incluso, se cuenta que para convencer a un cacique del poder de la fe en Cristo, bebió un vaso de ponzoña sin sufrir ningún daño. A una india gentil que llevaba tres días de labor de parto le ciñeron el cinto del padre Luis y en menos de media hora alumbró un hijo varón sano y salvo. “Este milagro fue público y fue tanto el crédito que el santo alcanzó y la devoción y amor que los indios le tuvieron, que dentro de los ocho días siguientes bautizó al padre y la madre del dicho niño, y a sus abuelos de las dos partes y a muchos otros con ellos” (Saborit, 1651, p. 86). A otra india también infiel le curó los “lamparones” o escrófulas al cubrirle las llagas con su pañuelo; también se habla de otra mujer a la que curó del mismo mal con sólo hacerle la señal de la cruz en la frente. En el pueblo de Granada brotó espontáneamente un árbol entre san Luis y un indio que pretendía descargarle un golpe de espada, ofendido porque predicaba en contra de su vida en concubinato.

En la isla llamada Cabo de San Vicente dejó impresa una cruz en la corteza de un árbol con sólo abrazarse a él. Todos estos prodigios causaban gran admiración entre sus

compañeros de Orden, quienes no dudaban en llamarlos milagros, a lo que el padre Bertrán respondía con cautela: “Callad, hermanos carísimos, que esta es obra de Dios, que de mí no hay cosa buena, el Señor lo hace por quien él es, para que estos indios se conviertan” (Saborit, 1651, p. 86). Esta misma prudencia guardó siempre cuando le preguntaban sobre si era cierto que había resucitado a la hija de una india que él había convertido, cosa que ni negó ni aceptó, según se cree, para que no lo fueran a tener por más que a sus hermanos. De todas maneras, a su regreso a España él mismo padre ponderaba los portentos de su Rosario, del cual dijo alguna vez que “...en Indias [había] sanado enfermos, convertido pecadores y resucitado muertos” (Saborit, 1651, p. 88).

Un frustrado defensor de los naturales

El entusiasmo de su predica y de la defensa de los indios le trajo no pocos contradictores y enemigos, sobre todo entre los colonos españoles, los encomenderos y otros empleados civiles, “a quienes reprendía cuando obraban mal, y les afeaba sus perversas costumbres” (Acosta). Estando a la mesa con algunos de estos poderosos hombres, les increpaba “porque imponían tributos injustos a los pobres indios”, pero viendo que le ignoraban, tomó el padre algunas de las arepas servidas en aquel banquete, “y exprimiólas y saltó de ellas sangre, y díjoles: mirad bien lo que coméis porque esta es sangre de los pobres” (Vidal y Micó, 1743, p. 151). Sumamente disgustados entonces con un religioso que en casi todas las disputas daba la razón a los indígenas contra sus opresores, empezaron a calumniarle y enviar malos informes contra él, entre ellos quizá el más resonante, que tenía un hijo con una india. “San Luis sufrió todo con paciencia, diciendo mansamente: No todo se ha de llevar en esta vida por tela de justicia, algo se ha de padecer por amor de Dios” (Acosta).

También cierto “hombre principal” que sepreciaba de ser amigo y devoto del padre Luis, se molestó con él porque le replicó en el púlpito haber seducido a una mujer casada. En retaliación quiso tentarlo enviando a su casa a una joven “muy hermosa y vestida curiosamente, esperando enredar al santo para que no le reprendiese más, o si hablase se le pudiere con esto poner silencio” (Roca, 1608, pp. 82-83). Se presentó al padre la mujer posando de “doncella afligida” a la mitad de la noche, ante cuya presencia se retiró san Luis en silencio a su iglesia, “donde con extraño rigor tomó una disciplina, cuyos recios golpes se

oían tanto, que llevaron a la curiosa mujer a la puerta de la iglesia y por los resquicios vio atentamente lo que pasaba. Después de una larga disciplina tuvo el santo profunda oración pidiendo a Dios le favoreciese con su gracia, librándole de las acechanzas del enemigo y tentaciones de la carne” (Roca, 1608, p. 83).

No deja de ser singular que un personaje con un declarado anhelo de martirio y vocación misionera haya vuelto a España a terminar sus días en la predicación conventual. Sus biógrafos señalan que el padre Luis, con “su mucha caridad y celo” se cansó de “la crueldad e impiedad de algunos ministros que oprimían demasiado a los indios, y embarazaban la predicación del Evangelio” (Ribadeneira, 1743, p. 143). Alguno relata incluso que estando “predicando el santo a muchos indios, entró un comendero y a palos los echó de la iglesia diciendo: ‘id malditos a trabajar’. Ellos, como no tenían armas y aún estaban desnudos, salieron prestos y dejaron solo a Luis en el púlpito” (Vidal y Micó, 1743, p. 152).

Quizá haya tenido que ver en la decisión del padre Bertrán de regresar a su patria la correspondencia que mantuvo con su hermano de hábito fray Bartolomé de las Casas al final de la vida del antiguo obispo de Chiapas (muerto en 1566). Al parecer fray Bartolomé, entonces consagrado defensor de los indios en América, le encarecía que, así como cuidaba “la conversión de los naturales, se emplease muy de veras en cómo confesaba y absolvía a los conquistadores y comenderos, cuando no contentaban con los privilegios del Rey, y trataban tiránicamente a los naturales, contra la expresa intención de su Majestad” (citado en Vidal y Micó, 1743, p. 153). Como el padre Bertrán “tenía el debido concepto de la bondad y talento del buen obispo, sus cartas las tuvo en gran aprecio y tomó resolución de volverse a España, para quitarse de escrúpulos que ya tenía acerca de esta materia y las congojas que sin su deseado fruto padecía” (Vidal y Micó, 1743, p. 153).

Cierre: una experiencia religiosa entre la mitificación y la historia

Los portentos no cesaron, sin embargo, con la partida del padre Bertrán. En Túbará se dio por cierto durante mucho tiempo que una hoja de su puño y letra al serle impuesta a los enfermos los aliviaba y a las mujeres les ayudaba a bien parir. El hermano fray Agustín de

Ávila afirmaba haberse curado de una perlesía o parálisis en la lengua con sólo tragarse una hilaza de la túnica del Santo.

Y como la historia se hace mito y terminan encarnándose de una forma tan íntima, los indígenas Kággabas o koguis de la Sierra Nevada de Santa Marta, han incorporado a sus deidades al padre Luis, a quien llaman *Aluawiku*, “...el padre de los toros, de la caña de azúcar, de los plátanos, la otras cosechas y los árboles que entregó para que los vasallos hicieran las fiestas” (Uribe, 1998, p. 20). *Aluawiku* es además el padre de la dinastía de los hombres blancos, los hermanos menores según la cosmogonía kogui. Si no fuera suficiente esta rica hibridación cultural, los actuales ‘mamos’ de la Sierra refieren que *Aluawiku* es el mismo “san Luis Bertrán Vero” de los cristianos, posiblemente unificando en una sola persona a los dos frailes de nombre Luis, pero Bertrán uno y Vero el otro, que predicaron por esta zona en el mismo periodo (Uribe, 1998, p. 20)⁷.

A esta mitificación de la historia han contribuido varios historiadores y cronistas locales, como el padre Alberto Ariza, quien refiere que la imagen inmortalizada por el pintor colonial Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos, en la que san Luis convierte el arma de un atacante en un crucifijo, ocurrió en Tubará, cuando un encomendero cargó contra el santo para quitarle la vida (Ariza, 1981, p. 20). Sin embargo, otra cosa narran los procesos de beatificación y de canonización del padre Bertrán, pues el icónico suceso ocurrió en efecto en los términos de la famosa pintura, pero cuando servía como prior del convento de Santa Ana de Albaida en 1559, es decir, dos años antes de embarcarse a América⁸.

⁷ El padre Luis Vero, que como antes dijimos fue uno de 30 dominicos que vinieron con san Luis Bertrán a Indias, predicó principalmente en la estribación de la Sierra que desciende hacia el *Valle de Upar*, de donde llegó luego hasta el lago de Maracaibo y fue también muy celebrada su obra apostólica.

⁸ Así está descrito el famoso pasaje: “Un caballero de calidad se sintió mucho, imaginado, según se sentía llagado, que en particular había predicado contra él. El caballero con un criado suyo le envió un recado diciendo que si no se desdecía de cuanto había dicho le quitaría la vida. Respondió el santo con su acostumbrada mansedumbre: que tendría por gran felicidad la muerte por lo que había predicado, porque por este camino lograría de Dios el favor y gloria del martirio. Al día siguiente vieron al caballero que venía con gran fuerza en un caballo con una pistola en la mano, Francisco Mora que le acompañaba rogaba al santo con gran instancia, que se apartasen y retirases del camino. Pero el gran *Luis Bertrán* confiado en la Majestad Divina, proseguía su camino. Llegó el caballero y vomitando iras y sañas con áspera y desentonada voz le dijo: ‘Mal fraile, ¿voz habéis tenido ánimo y atrevimiento para

Largo sería enumerar todas las incidencias de la vida de san Luis en el Nuevo Reino. A este punto es, como se ve, una mezcla entre historia, mito y espiritualidad. Incluso de literatura, pues bástenos leer la florida prosa del cronista dominico Alonso de Zamora, en la que compendia gran parte de los sucesos que hemos querido rememorar en este escrito:

La riqueza con que San Luis volvía a su patria era la de haber librado innumerables gentiles de las prisiones del demonio, cruel tirano del linaje humano. La de haber puesto el Espíritu Santo en su lengua el don de que, hablando en la española, lo entendieron todas las naciones de Urabá, Cartagena, Santa Marta y río de la Magdalena, que hablaban en varias lenguas, con que postró a los pies de la cruz de Cristo Jesús su gentilidad y antigua idolatría. En que fueron sus hazañas padecer gravísimas persecuciones y testimonios; vencer mujercillas torpes y deshonestas, que, con las armas de la desnudez y hermosura, introducidas de hombres más bárbaros que los indios, intentaron rendir la fortaleza de su purísima castidad; descubrir en las montañas el cuerpo desnudo a innumerables ejércitos de zancudos, cuyos venenosos aguijones, aumentaban el mérito de sus continuas penitencias y mortificaciones. ¿Qué hambres y sed no padeció en sus espirituales conquistas? En que regadas con la sangre que las espinas sacaban de sus pies, parecían más hermosos los pasos con que anunciaba la paz del Evangelio. A su voz de virtud temblaban los demonios, obedecían los elementos, apagando el fuego, caminando sobre los caudalosos ríos. Las nubes llovían cuando quería y dejaban de llover cuando se lo mandaba. Las enfermedades le obedecían. Los osos, los tigres y las serpientes se le rendían, porque era todo poderoso en el Dios que lo confortaba. Los mortíferos venenos no le dañaban. Las macanas fortísimas y flechas voladoras, disparadas de valientes brazos, como débiles pajas llegaban a su presencia. Como sello de la cruz de Cristo; la imprimía en los árboles y ellos parecían de cera, para recibir esta señal de sus victorias (Zamora, 1980, p. 120).

Referencias

Acosta, S. (1883). *Biografías de hombres ilustres y notables, relativas a la época del descubrimiento, conquista y colonización de la parte de América denominada actualmente Estados Unidos de Colombia*. Bogotá. Imprenta de la Luz.

reprenderme?" Con esto, poniendo la boca de la pistola al pecho del santo, apretó el gatillo para matarle. San Luis entonces sin el menor indicio de vil temor hizo la señal de la cruz hacia la pistola. Al punto la pistola se convirtió en la forma de un Cristo Crucificado. Admirado y pasmado del prodigo, atónito y compungido el caballero, se apeó del caballo, y todo temblando y resuelto en lágrimas, postrado a los pies del santo, le pidió perdón con profundísima humildad (Vidal y Micó, 1743, p. 101).

- Antist, V. (1884). *Verdadera relación de la vida y muerte del P. Fr. Luis Bertrán de bienaventurada memoria, compilada por el maestro fray Vicente Justiniano Antist.* Valencia: Librería de José Martí Casanova.
- Ariza, A. (1981). *IV Centenario de la muerte de San Luis Bertrán, 1581-1981.* Bogotá: Editorial Kelly.
- Ribadeneira, P. (1734). *Flos Santorum de las vidas de los santos escrito por el padre Pedro de Ribadeneira de la Compañía de Jesús.* Barcelona: en la Imprenta de Juan de Piferrer.
- Roca, B. J. (1608). *Historia verdadera de la vida y milagros del Bienaventurado padre Luis Bertrán, hijo de la ciudad y convento de predicadores de Valencia. Compuesta por el padre fray Baltasar Juan Roca, presentado en Santa Teología en la misma ciudad y convento.* Valencia: Casa de Juan Chrysostomo Garriz.
- Saborit, V. (1651). *Historia de la vida, virtudes y milagros del Beato Luis Bertrán de la Orden de Predicadores. Por el padre fray Vicente Saborit, regente de los estudios del Real Convento de Predicadores de Valencia.* Valencia: Casa de los herederos de Chrysostomo Garriz.
- Uribe, C. (1998). “De la vitalidad de nuestros hermanos mayores de la Nevada”, en: *Revista de Antropología y Arqueología.* Universidad de los Andes, Facultad de Ciencias Sociales. v. 10, n° 2. pp. 4-85.
- Vidal y Micó, F. (1743). *Historia de la prodigiosa vida, virtudes, milagros y profecías del segundo ángel del apocalipsis y apóstol valenciano de las Indias occidentales, San Luis Bertrán, taumaturgo en milagros, profeta excuso y mártir por eminencia. Compuesta por el padre fray Francisco Vidal y Micó, Prior y Regente de Estudios del Real Convento de Predicadores de Valencia.* Valencia: En la oficina de Joseph Tomás Lucas, Impresor del Ilustrísimo Señor Obispo de Teruel.
- Zamora, A. (1980). *Historia de la Provincia de San Antonio del Nuevo Reino de Granada.* [1701]. Tomo II. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura Hispánica.